



*Toda esa sal en la piel*

Dramaturgia: Mercedes Méndez.

Actuación: Paula González.

Dirección y puesta en escena: Cecilia Dondero.

Asistencia: Florentina Peralta.

Diseño gráfico: Marian Damiani.

Fotografía: Silvina Grassi.

Colaboración artística: Santiago Maisonnave.

Duración: 45 minutos.

Puesta reseñada: 30 de septiembre. Cuatro Elementos. Espacio Teatral, Mar del Plata.

PALABRAS CLAVE: MATERNIDAD – ANGUSTIA – BELLEZA  
KEYWORDS: MATERNITY – ANGUISH – BEAUTY

*Toda esa sal en la piel. En lo terrible, la hermosura*

Pía Pasetti<sup>1</sup>

La marquita roja la tenemos todas.  
Acá en la mano izquierda, con la que escribo  
está también mi quemadura de horno.  
Si la miro muy fijo, sobre el radio  
se me despliega en tres:  
se me tridimensiona la muñeca  
y entrecerrando los ojos pueden verse  
la muñeca de mi madre, la de mi abuela  
y, en un tirón hacia delante, la de mi hija  
picada de mosquitos, pulida y ya dispuesta  
a la marca de la rejilla ardiente.  
Laura Wittner

<sup>1</sup> Doctora en Letras (UNMDP). Desarrolla tareas de investigación y docencia en la cátedra “Taller de escritura académica” (Facultad de Humanidades, UNMDP), es docente del Colegio Nacional Dr. Arturo U. Illia e integra el grupo de investigación GLEAL, radicado en el Celehis.

Duermo con las dos  
como una leona  
con sus cachorras en la oscuridad  
mi respiración es suave  
como una sábana  
la de ellas es fuerte  
y llena de gracia.  
Roberta Iannamico

“Me llamaron de tu escuela. Me dijeron que te caíste de la parte más alta del tobogán del patio y golpeaste tu cabeza contra un banco de cemento. Estás yendo en una ambulancia al hospital del centro. Nos encontramos allá, me dijeron. ¿Es muy grave? ¿Está bien?”. Con estas palabras comienza el conmovedor unipersonal *Toda esa sal en la piel*, el cual gira en torno al viaje desesperado de una madre hacia el hospital, donde se encuentra su hija de seis años. Durante ese trayecto, lxs espectadorxs somos arrasadx por la angustia y el desgarró de esa madre, quien, sin embargo, también es capaz de evocar escenas amorosas en las que la ternura aflora con potencia.

La puesta se define por su sobriedad. Cuando ingresamos, ya se encuentra en escena la protagonista, quieta, impasible, mientras se escucha un sonido rítmico constante, como una suerte de sonido de manecillas de reloj amplificado y metálico, que genera una atmósfera de espera, de tensión contenida. El vestuario de la actriz, Paula González, también es austero –pantalón negro, camisa blanca, cartera negra cruzada y ausencia de accesorios–, lo que contribuye al minimalismo y al juego de luces y sombras, al blanco y negro que caracteriza la puesta. Durante la obra son proyectadas, de modo permanente, rayas, grietas, líneas rotas y figuras abstractas sobre el fondo y también sobre el cuerpo de la mujer, a través de un proyector analógico. El paso de las diapositivas, acompañado por el sonido que se genera al cambiarlas, produce cierto efecto fragmentario que se vincula con el discurso de la protagonista que, rizomáticamente, se desplaza entre la sombra y la luz, al igual que la sala. Esas dos grandes zonas, la oscuridad y la luminosidad, son las que articulan *Toda esa sal en la piel*, en todos los niveles.



Fotografía: Silvina Grassi

Durante el camino hacia el hospital, hacia su hija, somos testigos del fluir del pensamiento de la protagonista, que recorre, de manera desordenada, las múltiples, diversas y complejas dimensiones de lo materno. La soledad de esa madre que cría sola se expone con crudeza (“Es mucha responsabilidad para mí que yo sea lo único que tenés. Lo que tenés es un desastre, mi amor”), al igual que la culpa (“¿Te estuve descuidando?”, “Te prometo ver más películas juntas”). Las cavilaciones sobre la experiencia materna la conducen, también, a pensar su propio rol de hija y su historia familiar, atendiendo, sobre todo, a la generación de mujeres que la antecedieron; se traza, así, una suerte de genealogía femenina en la que su niña se percibe como la excepción, como un elemento disruptivo: “Cargamos con un perturbador hilo generacional de mujeres rígidas, violentas, narcisistas y engañadas, que pienso cortar con vos. Vos llegaste para cambiar la historia”, “Vos sos fuerte, hija”. Aparece, con potencia, ese deseo, hondo, pulsional, de disolver –o mejor, de “comerse”, como diría el Indio Solari– los dolores de su niña: los sufrimientos pasados, los presentes y los que, de modo inevitable, vendrán. Cierta fe en que, tal vez, la rejilla ardiente de la que habla Laura Wittner en el poema que funciona como epígrafe, no se atreva a rozar esa muñeca.

Sin embargo, a pesar de que el espacio queda tomado por la tragedia, que opera como una marea que lo inunda todo, también tienen lugar pasajes luminosos, como fulgores, y la tensión da paso a la hermosura. Esto se genera, sobre todo, a partir de imágenes sensoriales –a lo largo de la obra abunda este tipo de imágenes,

como “la piel calentita” de esa niña o el “olor a bebé”– y las referencias al mundo natural. En este sentido, un momento precioso de la obra es cuando aquella madre, cuyo nombre jamás conocemos, evoca un recuerdo: el día en el que, junto a su hija, se perdieron en un bosque, en el sur, en Santa Cruz, hasta entrada la noche. Esa evocación instala una lógica diferente, y las piedras, árboles, montañas, ramitas y soles configuran un mundo otro. Así, lxs espectadorxs respiramos, con un poco más de soltura, entre esas historias de planetas y constelaciones estelares, y durante ese rato, el peso denso de lo trágico se vuelve liviano.



Fotografía: Silvina Grassi

En suma, *Toda esa sal en la piel* transita las luces y sombras de una madre sola ante la inminencia de una tragedia. La sutileza y la hondura definen este unipersonal –cuya primera función fue hace un año–, en sus diferentes dimensiones, es decir, en el texto, la dirección y la interpretación. Este equipo de mujeres marplatenses, conformado por Mercedes Méndez, autora, Cecilia Dondero, directora, Paula González, actriz, y Florentina Peralta, asistente, ha logrado construir una conmovedora obra, potente, delicada y honesta, en la que, desde las grietas del dolor, irrumpe la belleza.